tarios del Despacho, y más si se diera el caso de que éstos, por desgracia, fueran *moderados*.

Zarco patrocinaba el pensamiento, que procuró hacer triunfar haciendo uso de su lógica inflexible, de sus sentimientos patrióticos y reformistas y de su reconocida elocuencia que lo hacían un adversario temible, y á tal respecto decía en el *Siglo* el 10 de Diciembre:

"Hoy podemos añadir otra nueva consideración. Las resoluciones del Congreso dictadas ayer, son la mejor prueba de que no es inútil su presencia, y de que puede hacer mucho en favor de la libertad, de las instituciones, de la Reforma y de la Independencia. Antes de ayer, ha contenido la transgresión de las Leyes de Reforma, y ha demostrado á los partidarios del retroceso que vela por los principios progresistas. Ayer ha hecho un gran servicio al Ejército de Oriente, y ha dado un paso más en la senda de la civilización, transformando los conventos en hospitales. ¿No podrá hacer cosas semejantes prorrogando sus sesiones? Creemos que sí."

No obstante que la cuestión era de dignidad y patriotismo, el proyecto fué desechado, y en esa virtud, el 15 de Diciembre el Congreso clausuró sus sesiones, en cuyo acto el C. Presidente de la República pronunció el discurso de ley, en el que, entre otras cosas, decía:

"*CC. Diputados:* Así como para congregaros en este augusto recinto, vinisteis de todos los Estados de nuestra Confederación, sin que el peligro de la cosa pública inspirase otra consideración á vuestros ánimos que la del engrandecimiento de los deberes anexos á la señalada confianza que del pueblo mexicano merecísteis; así también, á medida que la crisis política se ha hecho más violenta y amenazadora, os habéis consagrado asiduamente al desempeño de vuestras altas funciones.

"El voto de confianza con que honrasteis al Gobierno de la República, satisfizo la más imperiosa exigencia del servicio nacional en el rudo conflicto que nos ha suscitado la palmaria injusticia del Emperador de los franceses. Y el Manifiesto que dirigísteis luego á la Nación, es no sólo un monumento precioso de lógica y de saber que pulveriza los sofismas del invasor extranjero, sino también modelo de dignidad republicana, que debió hacerle comprender la viril resolución de México para sostener su autonomía y su honor, ó perecer en la demanda.

"Los bravos guerreros que cooperaron poderosamente á la victoria *del 5 de Mayo*, bien peleando contra las huestes traidoras, auxiliares de los franceses, bien manteniéndose firmes y prestos al combate en la Plaza de Puebla, obtuvieron de vosotros el premio de que se hicieron acreedores.

"Pasasteis también leyes, aconsejadas por la sana política, en orden á los traidores y á los actos de sus bastardas autoridades. Sobre los prisioneros hechos al enemigo, fijasteis la conducta del este último como regla de la que estábamos determinados á seguir; expediente irreprochable, el solo capaz de forzar á los jefes de la expedición á respetar la ley de las naciones cultas, que ellos han tenido el arrojo de quebrantar."

Los acentos viriles, saturados del más acendrado patriotismo, que lanzaba al mundo de la publicidad un ciudadano tan ameritado como el que estaba á la cabeza de la Nación, encontraban un eco simpático por todas partes y una acogida inmensa.

El Congreso de San Luis Potosí, con fecha 1º de Diciembre expidió un decreto, facultando ampliamente al Ejecutivo del Estado, para que en todos los ramos de la administración pública promoviera cuanto fuese conducente á la defensa de la nacionalidad, amenazada por la invasión francesa; Tlaxcala, Querétaro y otros Estados decretaban el alistamiento en masa; y los mexicanos residentes en la Alta California mantenían vivo y latente el sentimiento de su nacionalidad: celebraron con entusiasmo el aniversario de la Independencia, y cuando se supo allí la muerte del ilustre Zaragoza ya estaba terminada la espada de honor con que querían obsequiarlo. En varias poblaciones importantes de los Estados Unidos organizaron juntas patrióticas de sus paisanos, con el objeto de reunir donativos para el ejército de Oriente y procurar el alistamiento de voluntarios para contribuir á la defensa nacional.

Cuantiosos donativos remitieron al Gobierno, y muchos de los alistados ocurrieron al teatro de la guerra, organizados convenientemente.

La asociación unitaria de Génova dirigió á los mexicanos una patriótica felicitación por motivo del triunfo del 5 de Mayo, á cuya manifestación contestó el bravo ejército de Oriente en términos debidos, diciendo al concluir: "A los 817 estudiantes de la Universi-

dad de Florencia que protestaron contra la expedición de México, salud; á los pueblos de Italia, gloria y prosperidad; á los italianos todos, *libertad, fraternidad, unión.*"

El puerto de Tampico fué ocupado por el invasor, y la guarnición, las autoridades y oficinas públicas se retiraron á Altamira, á siete leguas de dicho puerto. Las tropas de la guarnición recibieron orden de marchar á Ciudad Victoria, donde deberían reunirse las fuerzas que se encontraban en Tampico á las órdenes del Coronel C. Rafael Garza.

El General Juan José, del mismo apellido, fué nombrado Jefe de las fuerzas del Estado, y el Coronel Perales ordenó el alistamiento en masa de los ciudadanos tamaulipecos, para batir al enemigo.

La toma de un Puerto tan importante, extendía la esfera de acción de los invasores, de manera notable; y no obstante esa circunstancia tan digna de ser tomada en consideración, observábase una calma sepulcral en el Estado vecino de Nuevo León, tan rico en elementos de todas clases, y donde su Gobernador Vidaurri, que había convertido aquellos pueblos en feudo suyo, para nada se ocupaba de la situación que podía ser altamente explotable, aprovechando el entusiasmo de aquellos ciudadanos fronterizos.

El Gobierno Supremo, como hemos visto, urgido por las circunstancias, había ordenado que las rentas federales de los Estados de Nuevo León y Coahuila, lo mismo que las de San Luis Potosí y Zacatecas, las percibiera en su totalidad el General Comonfort para las atenciones y sostenimiento del Ejército del Centro; y esta medida que se creyó oportuna y salvadora, privaba á aquellas localidades de cuantiosos recursos que podían emplear en armarse, poniéndose en pie de guerra, como lo deseaban, y uniéndose á sus hermanos de Tamaulipas para resistir y atacar al invasor que quería internarse, según noticias auténticas, hasta la capital potosina.

Pero para el logro de tan plausibles propósitos, se juzgaba como indispensable y de necesidad suma que se les concediera una parte de esos productos, y en seguida se removiera á Vidaurri que se hallaba perfectamente desacreditado y que era la causa principal de la incuria, del desconcierto y de la criminal apatía que parecía reinar en un Estado tan importante como Nuevo León, en notable con-

traste con Tamaulipas, donde reinaba el más grande entusiasmo para la defensa nacional.[1]

Con el objeto de proporcionar recursos á los hospitales militares de Puebla, la Sra. Dª Altagracia Morales de Téllez, representante de la Sociedad Zaragoza establecida en dicha ciudad, organizó tres funciones teatrales que produjeron 1,560 pesos.

En su permanencia en Puebla, por motivo del reparto de medallas, el Presidente, sus Ministros y las personas del séquito presidencial, hicieron un regular donativo á los referidos establecimientos, en cuyo favor el General en Jefe del Ejército de Oriente nombró una Junta Protectora, compuesta de los CC. José Rafael Isunza, José Antonio Pérez Marín, Luis Bello, Francisco Díaz y Alejandro Ruiz.

Al empezar Noviembre, las guerrillas reaccionarias del Estado de Jalisco en número de 3,000 hombres, á las órdenes de Bueyes Pintos, se reunieron y atacaron la ciudad de Guadalajara; mas fueron derrotadas por el Gobernador Pedro Ogazón al frente de una partida de tropas de 1,000 hombres, y perseguidas en una larga extensión.

Según cartas remitidas de la referida ciudad, el faccioso Ruiz, (á) Colmillo, despreció la gracia de indulto que le otorgaba Doblado, y abandonando su madriguera, á la cabeza de 2,000 foragidos se dirigió á Juchipila, cuya ciudad atacó; mas el vecindario, temiendo el saqueo y las demás depredaciones que se le esperaban, se armó y salió en busca del enemigo, llevando á su cabeza al Lic. García de la Cadena; Colmillo fué batido y derrotado completamente, dispersándose su fuerza por varios rumbos.

Don Manuel Noriega, que se decía general del ejército mexicano, fué nombrado por el General Berthier Prefecto Político del Cantón de Jalapa, y D. Narciso Echagaray Administrador de Rentas.

Otra función á beneficio de los hospitales de sangre tuvo verificativo en la capital el 18 de Diciembre, dispuesta por las señoras de

1 Según noticias de buena y segura procedencia, en Tula se levantaban guerrillas al mando de las personas más distinguidas de la población; y en Ciudad Victoria hasta las señoras se ocupaban en aprestos militares, haciendo cartuchos y estimulando el patriotismo de sus compatriotas.

D. Jesús de la Serna, acaudalado comerciante, levantó y puso en pie de guerra con sólo sus esfuerzos y mantenida con sus recursos, una Guerrilla respetable de 600 hombres que cada día aumentaba, saliendo á unírsele ciudadanos de todos los puntos del Estado.

la *Sociedad Zaragoza:* la fiesta fué digna del objeto á que se destinaba, y coronó con el éxito, así artístico como pecuniario, los esfuerzos emprendidos para realizarla.

La concurrencia fué muy numerosa, y hacia la una de la mañana se verificó el apoteosis de Zaragoza, un año precisamente en que el héroe salió de la capital á unirse á los bravos del Ejército de Oriente: entre trofeos militares, circundado de gloria, apareció el busto del ilustre vencedor del 5 de Mayo, y fué vitoreado por el público en medio de las estrofas de varios himnos patrióticos cantados por delicadas niñas y por hermosas señoritas, que gustosas se prestaron al acto, que debe considerarse como una entusiasta manifestación en que el patriotismo se unió á la ternura y á la caridad, dejando un grato recuerdo entre los circunstantes.

La patriota é inspirada poetiza señorita Argumedo recitó un hermoso canto á la patria, composición suya de bastante mérito, y después apareció en el escenario llevando en la mano la bandera del batallón de Inválidos: la presencia de la enseña nacional causó un efecto imposible de describir; espontánea y súbitamente la concurrencia se puso de pie y prorrumpió en el grito de *Viva México, viva la Independencia*, y las señoras agitaban sus pañuelos, saludando al emblema de nuestra nacionalidad.

El coro de niñas, de nuevo y arrodillado, volvió á cantar el himno "Dios salve á la nación," ondeando sobre él el pabellón de la patria que empuñaba la señorita Garfias; entonces, dice la relación de un testigo presencial, "el festival tomó un carácter grave, severo y profundamente religioso: la plegaria de la niñez y de la inocencia, que necesita antes que todo tener patria, se elevaba al cielo implorando el triunfo de la justicia y del buen derecho que asistían á México, en la contienda á que lo había provocado la ambición del Emperador de los franceses."

Aquellas niñas, al acabar su canto, enternecidas y llorando de patriótico entusiasmo, se agruparon en torno de la bandera nacional cubriéndola de besos y caricias como si besaran á su madre. . . .

Estos espectáculos tan conmovedores y cuyo fin benéfico inspiraba la caridad, eran también la más bella manifestación del patriotismo y tenían un alto significado, pues demostraban el sentimiento unánime, profundo, que existía en la sociedad para defender los derechos de la Nación.

Y cuando el bello sexo, cuando la niñez tomaba parte en estas manifestaciones y las impulsaba con su valioso y simpático concurso, el invasor podía estar seguro de que no hallaría adhesión sino entre gente de baja ralea; cuando la bandera nacional, levantada á tanta altura por el esfuerzo de Zaragoza y el Ejército de Oriente era ya un objeto de culto y veneración, se reanimaba la esperanza en la victoria de la justicia, y aparecía como en una visión deslumbradora el triunfo y la gloria de nuestras armas.

Esas fiestas, además, revelaban el espíritu pujante de la Nación y el ánimo decidido que tenía de contrariar la agresión de que estaba siendo víctima, concurriendo á los campos de batalla y haciendo cualquier sacrificio para salir avante en la contienda.

En carta particular de persona fidedigna, escrita en Aguascalientes, se aseguró que el 9 de Diciembre fueron derrotadas por tropa del General Doblado las chusmas del faccioso Juan Chávez, en un punto situado entre Lagos y San Juan, haciéndole muchós muertos y dispersándolo completamente.

Ya al terminar el año falleció en Huamantla el señor Cura D. Pedro N. Arriaga, á consecuencia de la enfermedad del tifo que contrajo por la asiduidad y eficacia con que estuvo asistiendo á los enfermos de la División Berriozábal.

El Sr. Arriaga, originario de la ciudad de Puebla, fué un abogado distinguido, un predicador ilustrado y elocuente y un eclesiástico modelo de virtudes evangélicas.